

## ***Ceremonia de Graduación 2011 en el St. Joseph's College***

### ***Discurso del P. Joseph Deardorff, CPP,***

¡Felicitaciones a los que terminan el año de 2011! ¡Ustedes deben estar orgullosos de lo que han logrado y de lo que han llegado a ser!

Me siento feliz de estar hoy aquí. Me siento honrado de ser testigo de la continuidad de esta gran institución y de su esfuerzo por inculcar valores y de presentar una visión académica, que no sólo abre las puertas al mundo a través de las artes liberales, sino también promueve el respeto a la expresión de otras culturas y la necesidad de protagonismo al ser confrontado o desafiado por los acontecimientos vertiginosamente cambiantes de un mundo en desarrollo.

Durante los últimos 25 años he trabajado como misionero en Perú, cinco de los cuales en La Oroya, ciudad situada en lo alto de la Cordillera de los Andes. La Oroya es conocida internacionalmente por ser uno de los diez lugares más contaminados del mundo.

Cuando llegué allí, me vi de inmediato confrontado con la dura realidad de una planta de fundición y de la actividad minera de gran tamaño que existe en la provincia. La mayor parte de los empleados trabaja, tanto en la planta de fundición como en las minas. La planta de fundición es la principal causa de la contaminación, pero las minas también contribuyen a la destrucción del medio ambiente.

Las empresas de la provincia, principalmente compañías internacionales, desarrollan sus actividades en el Perú, básicamente, con dos objetivos principales, el de invertir recursos y el ver el fruto de sus inversiones. Es verdad que esta actividad contribuye para el crecimiento económico del país y da trabajo a la gente y ofrece unos ingresos de subsistencia. Pero hay otros aspectos que, a menudo son ignorados o simplemente no tomados en consideración. Por ejemplo, los derechos del pueblo son a menudo ignorados. Los dueños del terreno continúan siendo los amos. Pero el subsuelo, es a menudo dividido y vendido por la minería. Esto se lleva a cabo sin su conocimiento y no reciben ninguna ventaja económica. Las empresas tienen derecho a las aguas que luego se mezclan con sustancias químicas para descomponer los minerales. Los lodos que se forman contaminan la tierra y afectan a la salud de la gente.

La gente que vive cerca de la actividad minera o al lado de la planta de fundición ha aprendido a vivir en constante contradicción. Por un lado, ellos gritan porque la tierra está siendo violada y no quedará nada para las generaciones futuras. Ellos reconocen que hay mucha contaminación y que

su salud se ve afectada. Ellos han visto la destrucción de sus tierras y su agua contaminada. Pero, por otro lado, se acepta todo como un mal necesario, ya que les da trabajo y les permite enviar a sus hijos a la universidad o construir una casa para el tiempo de su jubilación.

Los trabajadores viven en las casas de las empresas y algunas de estas les permiten vivir con sus familias, pero otras no. Antes, las empresas asumían la responsabilidad social no sólo de los trabajadores sino también de sus familias. Apoyaban la educación de los niños y se preocupaban con la salud de las personas. En los últimos diez años, todo eso ha cambiado. La economía global ha creado un ambiente donde se ve la familia como algo necesario, pero no como parte de la visión del mundo económico.

Hay también los que viven al margen de todo desarrollo económico, los que se ven afectados por el desarrollo, pero no reciben ningún beneficio de él. Los pobres son los más afectados por la destrucción de la tierra. Tienen menos defensas para luchar contra la contaminación y sus efectos. Debido a la mala alimentación y a la falta de higiene adecuada están más propensos a ser afectados por la contaminación. Por ejemplo, los trabajadores de la planta de fundición, tienen los más altos niveles de plomo en la sangre. Los niños son los más afectados. La Asociación Mundial de la Salud ha establecido normas sobre lo que está permitido y lo que se considera un riesgo para la salud. Cinco miligramos de plomo en la sangre se considera grave. La mayoría de los niños pobres de La Oroya tienen niveles más altos, entre 35 y 40 miligramos. Los hijos de los trabajadores que viven más lejos de la planta y tienen las defensas más desarrolladas son capaces de hacer frente a estos niveles, mientras que los hijos de los pobres no lo son.

Existen tecnologías modernas que se pueden utilizar para disminuir la contaminación. Las empresas pueden invertir dinero y crear estrategias para disminuir el riesgo para la salud de las personas y la destrucción del medio ambiente. Pero es un proceso muy caro y por eso las empresas están poco dispuestos a tomar tales medidas, a pesar de que están obligados por ley.

Pero con el precio de los minerales de hoy, el costo es mínimo en comparación con lo que reciben de su inversión total. Es un hecho que cuando se abre una mina se invierten grandes sumas de dinero para iniciar la producción y que lograda la producción su único interés es el dinero que se puede sacar de la inversión hecha. Hay muy poco interés en cómo la producción puede afectar a las personas o destruir el medio ambiente y mucho menos en cuanto a la forma de minimizar los descalabros.

¿Qué podemos hacer? En la situación actual no se puede estar en contra de la actividad minera, pero podemos insistir en que las empresas sean

socialmente más responsables y que tomen en consideración el bien común. Esto exige diálogo abierto, ya que ellas por si solas no estarán interesadas en definir lo que significa ser socialmente responsable y lo que es mejor para el pueblo.

Las empresas priorizan el dinero que se invierte y cuánto van a obtener por su inversión. Es por eso que a menudo son indiferentes a los efectos de la minería y en ocasiones hostiles, cuando se trata de rendir cuentas.

Como misionero de la Preciosa Sangre, he llegado a ver esta realidad a través de los ojos de nuestra espiritualidad y aprendí a responder en consecuencia. San Pablo, en su carta a los Corintios nos dice que somos como vasijas de barro y llevamos dentro de nosotros un tesoro que es la muerte y resurrección de Jesús. Y continúa diciendo: ... "Tenemos problemas en todos los lados, pero nunca nos sentimos acorralado; no vemos ninguna respuesta a nuestros problemas, pero nunca caemos en la desesperación; hemos sido perseguidos, pero nunca abandonados; derribados, pero no muertos," (2 Corintios 4, 70-10)

A través de la muerte de Jesús, renunciamos a todo lo que está mal en este mundo, incluido todo lo que lleva a su destrucción. En nuestro trabajo para mantener o cuidar del medio ambiente terrestre, a menudo nos encontramos con dificultades y muchas veces con la desesperación, pero, a través de la vida de Jesús, mantenemos la esperanza de que las cosas van a cambiar y que la vida de Jesús vencerá y transformará el mundo. Jesús murió en la cruz, fue sepultado en la tierra y la tierra se convirtió nuevamente en algo de sagrado. A través de su resurrección, hemos recibido la tarea de preservar la tierra y su carácter sagrado, defendiéndola de la destrucción total.

La carta de san Pablo a los Efesios dice lo siguiente: "Pero ahora en Cristo Jesús, ustedes que estaban lejos han sido aproximados, por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, y ha hecho de dos un solo pueblo, derribando el muro de la separación, destruyendo en su persona la hostilidad provocada por las reglas y decretos de la ley... En su propia persona ha destruido la hostilidad. Más tarde, él vino a traer la buena nueva de la paz, la paz a vosotros que estabais lejos y la paz a los que estaban cerca." (Efesios 2, 13, 14, 17). Así, el derramamiento de la Sangre de Cristo nos ha reunido, formando una unidad entre nosotros, para trabajar por la justicia y por la paz. Ella nos da también fuerza para derribar todos los obstáculos.

Llegar a ser uno puede ser un proceso difícil y molesto. No podemos comenzar nuestro trabajo por la justicia y por la paz o desarrollar estrategias para el cuidado de la tierra si sólo estamos dispuestos a pensar en nosotros mismos, en nuestros derechos y en nuestro futuro. No podemos permanecer como individuos, luchando solos contra las injusticias que nos

rodean. Tenemos que ser comunidad y, como comunidad, aprender a escuchar al mundo y a todos los que viven en él. Sólo entonces podremos responder a sus necesidades. Escuchar es un proceso de recopilación de informaciones y de discernir lo que es la verdad. Pero entonces la verdad nos obliga a ser formados por ella, como el barro en las manos del alfarero. Dios habló al profeta Jeremías y le dijo: "Levántate y vete a la casa del alfarero, y allí te revelaré lo que tengo que decirte." Y él fue a la casa del alfarero, y lo vio trabajando en el torno. Cuando una vasija salía mal, comenzaba de nuevo y hacía otra. Entonces Dios dijo al profeta: ¿"...acaso no puedo hacer yo lo que hace el alfarero? Sí, como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en las mías" (Jeremías 18, 1-6). Así pues la verdad es dejar a Dios modelarnos y darnos una nueva forma. Eso es lo que esperamos, que el mundo entero sea moldado para que todo se mueva en armonía con todo lo demás y sea guiado por él. Esta verdad es a menudo rechazada, pero Dios espera pacientemente para comenzar de nuevo y devolvernos lo que originalmente había sido creado.

Después de su resurrección, Jesús apareció en el mundo, y sopló sobre él, dándole nueva vida y la promesa de la paz. Por lo tanto, no sólo hay que ser formados por la verdad, sino permitir que la vida de Cristo resucitado sea nuestra vida, nuestra respiración y nuestra presencia en el mundo con el fin de que se logren la justicia y la paz.

Cuando yo era estudiante aquí, había colgado en la puerta de mi cuarto las palabras del Papa Pablo VI, quien dijo que para lograr la paz hay que trabajar por la justicia. Estoy de acuerdo con esa afirmación, pero desde entonces he aprendido de mi experiencia en el Perú, que la paz es más que una meta, es la calidad de vida que tenemos que mantener entre nosotros.

La paz es algo más que la pura tranquilidad. Aquellos que descansan en paz están en los cementerios. Nosotros, que estamos vivos, no debemos descansar, sino ver la paz como una fuerza radical de conducción que exige que todos construyamos un mundo donde haya armonía, deseo constante y el esfuerzo para mantenerla. La paz entre nosotros y con nuestro entorno no nos permite vivir divididos, ignorar lo que hay que cambiar, o no hacer nada, cuando eso depende de nosotros.

En varias ocasiones en La Oroya hemos sido llamados a vivir esta espiritualidad. Hemos realizado muchas marchas y protestas para que nuestras demandas fuesen escuchadas. A veces ha sido difícil llegar a lo que esas demandas pretendían. La mayoría de las personas estaba dispuesta a luchar por sus derechos, pero no necesariamente estaban listos a luchar por los derechos ajenos. Una vez más, se debe marchar en la unidad y con la voluntad de trabajar por los cambios que se necesitan.

Un día, mientras marchábamos, nos enfrentamos con la policía. Nos dijeron que no podíamos continuar nuestra protesta y se nos pidió que nos dispersáramos. Nos detuvimos, dialogamos con ellos y les mostramos, a través de la oración, que no éramos personas violentas. Bajaron sus armas y nos permitieron continuar en nuestra marcha. Poco tiempo después, nos enfrentamos de nuevo de la misma forma. Nos detuvimos e dialogamos con ellos como antes. Ellos también bajaron sus armas y nos permitieron continuar. En un momento dado, algunas mujeres se acercaron, gritando y expresando un sentimiento de desesperación. Querían regresar a sus hogares, pero el ejército había bloqueado la entrada de la ciudad vieja. El puente fue obstruido. Al llegar al puente nos encontramos con el ejército que con sus tanques bloqueaban el camino. Nos detuvimos, dialogamos con ellos y oramos. Removieron sus tanques y nos permitieron entrar en la ciudad.

Comparto esta experiencia como un ejemplo de una expresión de nuestra espiritualidad. En primer lugar, como he mencionado antes, tenemos que estar dispuestos a escuchar, unirnos y mantenernos firmes para caminar juntos en nuestro trabajo por la justicia. La paz es la fuente de energía para tener esperanza y para mantenerla en la medida que se enfrentan los obstáculos. La paz es también una expresión de la no-violencia. Tenemos que darnos cuenta de que combatir el mal con la violencia sólo genera más violencia y, al final, es el mal que acaba venciendo. Una marcha o una protesta es algo simbólico. Es nuestro trabajo por la justicia y termina cuando la verdad nos dice que hemos logrado nuestro objetivo, que la justicia no es sólo para unos pocos sino para todos.

Otro de los aspectos de nuestra espiritualidad es la mediación. En tiempos de crisis, cuando hay disputas sobre los derechos de los trabajadores o los derechos de la gente, tiene que existir la voluntad de conciliar las diferencias. El primer paso es escucharnos el uno al otro y superar los intereses personales. Este paso es difícil, porque cada uno viene con su propia agenda y en un primer momento hay poco interés en lo que los otros quieren o necesitan. Varias veces fui llamado para ser mediador, lo que significa relacionar las cosas, para ayudar a unos a ver lo que los otros ven y, finalmente, para ayudar a todos a trabajar por el bien común. No es la victoria de uno sobre el otro, sino más bien la victoria de todos.

Nuestra espiritualidad exige no sólo que nos critiquemos a los demás o pidamos cambios, sino que seamos parte de la solución que deseamos, estando dispuestos a ensuciar las manos, trabajando especialmente por el beneficio común y por el bienestar de todos. Pero hay un llamado especial a

estar atentos a las necesidades de los más pobres, los más afectados, y para ver su lucha como una prioridad nuestra.

Me gustaría volver a la idea de escuchar, de oír los unos a los otros, no solo para responder a las injusticias de nuestro mundo y trabajar juntos para superarlas, sino también para desarrollar una capacidad de escuchar lo que la tierra nos está diciendo. Tenemos que aprender de ella y dejar que su mensaje nos guíe en nuestras decisiones y en nuestras relaciones si queremos planificar y mantener un futuro que beneficie a toda la humanidad.

Cuando me encontraba en la escuela de postgrado en Chicago, estudiando teología, yo trabajaba, después de las clases, en una sinagoga judía, en un programa para niños. Una vez escuché la historia que se cuenta y que dice que la tierra es capaz de comunicarse y de enseñarnos la manera de cómo ella se comunica con nosotros. La historia dice: "Érase una vez, dos hombres y sus familias que llegaron a un rabino discutiendo acaloradamente sobre la pertenencia de un pedazo de tierra que cada uno afirmaba ser suyo. Ambos empezaron a gritar y gritar ante el rabino diciendo: "¡Es mío", "No, es mío 'El rabino esperó hasta que terminaran de gritar. Con el tiempo todos se dieron cuenta de que el rabino estaba esperando para que se detuvieran, y así lo hicieron. El rabino habló con el primer hombre, preguntándole: "¿Cuál es su argumento? ¿Por qué dice que la tierra le pertenece a usted? ¿Por qué debería decidir en su favor? "El hombre se calmó y dijo, 'nuestra familia ha tenido la posesión de la tierra durante cientos de años. Nos pertenece por derecho. Ella ha llegado hasta nosotros de generación en generación. Rabí, tú mismo sabes lo que eso significa en la comunidad judía!"

El rabino asintió con la cabeza y luego se volvió hacia el otro. 'Y tú, " le dijo, ¿por qué dice que yo debería pronunciarme en su favor? ¿Por qué usted afirma que la tierra es suya? "Y el hombre se irguió en pie y le dijo:" Hemos trabajado la tierra durante años. Ellos la han dejado como barbecho y no la han utilizado. Ellos no sabían que podría ser suya, hasta que comenzó la cosecha, y vieron que la tierra era rica y fértil. Siempre ha sido objeto de controversia entre nuestras familias, pero nosotros somos los únicos que la valoran, la cultivan y que tienen interés por ella, como lo fue en la Torá. Por lo tanto, es nuestra por derecho!

El rabino se quedó en silencio y luego colocó su oído sobre la tierra y se quedó escuchando. Se quedó en esa posición durante un tiempo incómodamente largo, mientras que los dos hombres y sus familias se quedaron más y más impacientes. "¿Qué estás haciendo? 'Le preguntan los demás'. Él los miró y les dijo, tomando una actitud de legislador: "He escuchado los argumentos de los dos lados, y ahora estoy escuchando la versión de la tierra que me dice la verdad sobre la situación." Por último, el viejo rabino se levantó, se luso de pie, se quedó callado un momento y luego

dio su veredicto: "Esta es mi decisión: la tierra me ha dicho que no pertenece a ninguno de los dos, ni a nadie. Son ustedes los que pertenecen a la tierra. Recuerden esto. Ahora los dos se vayan a casa y escuchen a la tierra que sustenta sus pies, que les da de comer y les ofrece refugio. Por lo tanto, no se trata de si la tierra nos pertenece o no, sino que nosotros pertenecemos a la tierra.

Vivimos en una nueva era. El mundo ya no puede ser visto como algo confiado a nosotros y que tenemos el derecho de dominar y decidir su futuro. Vivimos en una época en la que descubrimos la importancia de nuestro medio ambiente y la necesidad de cuidar de él y vivir en armonía con el. Durante los dos últimos siglos, la invención de nuevas tecnologías nos ha permitido manipular nuestro entorno para nuestro propio beneficio. Ahora vemos el mundo como distinto de nosotros mismos y se ha perdido el sentido de la comunión divina. Consideramos nuestro entorno natural como un vasto campo de recursos naturales para la explotación y el consumo. Nunca antes habíamos vivido un período con un movimiento tan grande para cambiar el mundo.

Thomas Berry, filósofo y escritor, en su libro: "El sueño de la Tierra", escribió: "Estas transformaciones exigen la ayuda de todo el planeta, no sólo de las fuerzas disponibles en los seres humanos. Caso contrario cometemos muchos desatinos al valorar la magnitud de este desafío. No se trata solo de adaptar o reducir el consumo de combustibles o de alguna modificación de nuestro sistema de control social o económico. Tampoco se trata de un ligero cambio en nuestro sistema educativo. Lo que está sucediendo es algo de una magnitud mucho mayor. Se trata de un cambio radical en nuestro modo de pensar. Nuestro desafío es crear un nuevo lenguaje, y incluso un sentido nuevo de lo que es ser humano. Se trata de trascender no sólo las limitaciones nacionales, sino incluso el aislamiento de especies, para entrar en la comunidad más grande de todas las especies vivientes. Esto provoca una percepción completamente nueva de la realidad y de los valores". Tenemos que actuar de una manera unificada y de establecer una relación funcional con la tierra.

Vivimos en una era ecológica. Estamos llamados a una mayor conciencia de la presencia de Dios en todo lo que él ha creado. Si destruimos una especie viviente, estamos silenciando la voz de Dios que nos habla y nos orienta.

Una mujer notable, Terry Tempest Williams de Utah, que ha vivido la crónica y la pérdida de vidas en su familia debido al cáncer provocado por la destrucción del medio ambiente, habla apasionadamente de la tierra, concretamente del lugar en que vive, en las afueras de Salt Lake City, pero también se refiere a toda la creación, en términos de familia, de nueva creación y de esperanza para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos:

"¿Me creeríais si os dijera que esta es mi familia: el parentesco con el desierto, la amplitud de mis relaciones corriendo a través de una comunidad más amplia, el pasmo del reconocimiento de que cada corriente de agua, el olor de la lluvia ..., todo esto es el tejido de una familia siempre en movimiento entre la armonía y la distancia?

Tal vez es hora de engendrar a una nueva idea, muchas ideas nuevas. Tal vez es hora de dar a luz a nuevas instituciones, para modernizar nuestra religión, nuestros sistemas políticos, jurídicos y educativos que ya no trabajan a favor nuestro. Tal vez es hora de adoptar el tan necesario "código de ética", según el cual serán cambiados los sagrados derechos de los seres humanos por los derechos de todos los seres en el planeta.

¡Podemos empezar a vivir de otra manera!

Tenemos frente a nosotros opciones que deben ser tomadas, opciones concientes y consecuentes, no en nombre de lo políticamente correcto, sino de la responsabilidad y oportunidad ecológica.

Damos vida a la creación.

- Para trabajar en nombre del cambio social.
- Para pujar y empujar contra las limitaciones que nos auto imponemos.
- Para el sacrificio en nombre de un imperativo ecológico.
- Para instaurar abiertamente una nueva manera de ser. "

(Terry Tempest Williams, un extracto del ensayo "Trabajo" en rojo (New York: Random House, 2001).